

LA REVISTA ORIENTAL

PUBLICACION DE CIENCIAS, ARTES Y LETRAS

REDACTORES: PEDRO XIMENEZ POZZOLO, EDUARDO D. FORTEZA, FERNANDO RIOS, DIEGO CAPELLA Y PONS, EMILIO GOLDARACENA, JOSÉ A. DE FREITAS (HIJO) Y JUAN CARLOS CARVALHO

ADMINISTRACION Calle del Uruguay núm. 411	AÑO I — NÚM. IX	SUSCRICION ADELANTADA Cuatro números \$ 0.50
--	-----------------	---

LA REVISTA ORIENTAL

MONTEVIDEO, SETIEMBRE 6 DE 1885

SUMARIO — V aje á Selene (Conclusion), por Epa-minondas — A C. . . . , (Enviándole un espejo), por Adriano M. Aguiar — El jorobado (Conclusion), por E. Goldaracena — Economía política, (Del capital), por D. Fernando Rios — Tu recuerdo, por Miguel F. Rodriguez — Cosas que fueron, por P. Ximenez Pozzolo — ¿Me has olvidado?, por

Viaje á Selene

(CONCLUSION)

Los Selenitas, eran gente muy dada á fiestas, á la molicie y al sibiritismo.

Vivian entregados á los placeres de Venus, cada mujer, era una Aspasia y cada hombre, un Alcibiades.

El *Sunlun* daba el ejemplo, vagando de prostíbulo en prostíbulo, él, que debia como debe todo individuo que rija los destinos de un país, dar ejemplo de estricta moralidad, tanto en su vida pública como privada, porque de un hombre disoluto y libertino en su vida privada, poco bueno puede esperarse en su vida pública.

Sus fiestas eran brutales, deificando á los seres que se distinguían por la fuerza bruta.

Tenían establecido un juego, semejante al pugilato de los Griegos y al boxeo de los Ingleses.

En este bárbaro juego, que ellos llamaban *Tromp tromp*, dos seres llenos de vida, con el objeto de divertir al *Sunlun*, se mutilaban horriblemente á puñadas en un circo expofeso, como dos fieras desencadenadas, hambrientas de carne palpitante y sedientas de sangre, hasta que uno de los

contendientes rodaba exánime por el suelo.

Entónces, la muchedumbre ignorante, que habia seguido con miradas anhelantes y silenciosa todas las peripecias de tan terrible contienda, se desbordaba estruendosa y frenética, como se desborda el mar al parecer dormido, en oleadas turbulentas al azote del huracan; prorumpiendo en gritos atronadores de aclamacion, y en vítores llenos de entusiasmo y de delirio, en loor del pugil vencedor; que era paseado en medio de himnos triunfales, por todas las calles de la capital, para ser luego laureado en público, por manos del mismo *Sunlun*.

¡Abisma al espíritu tanto atraso y tanta degradacion!

Los Selenitas eran fanáticos é intransigentes, tanto en sus aberraciones políticas como en las religiosas, y tan extremadamente supersticiosos, que cada habitante era un nigromántico en conciencia, que haciendo uso de todas las supercherias del arte cabalístico y valiéndose de filtros, cábalas y conjuros, pretendia descubrir los secretos de la vida y rasgar el velo del futuro.

En todas partes se ostenta la locura del hombre, que menospreciando lo real, lo asequible, corre casi siempre con necio afan, tras lo que no existe, tras lo imposible.

En Selene se ejercía la poligámia, de manera que cada casa era un serrallo y cada individuo un Sultan. Probablemente la secta mormónica del lago Salado habria sido fundada por algun Selenita llovido del cielo.

El *Sunlun*, no practicaba el nefando comunismo de Platon, ni practicaba tampoco el principio de Proudhon que dice que *la propiedad es un robo*; puesto que guardaba enclaustradas á sus mujeres, que no

podían mostrarse en público, y recargaba con contribuciones altamente onerosas al pueblo, para llenar sus arcas y levantar suntuosos palacios, cual un nuevo Calígula, dándose una vida de sátrapa persa y prodigando las riquezas del pueblo á manos llenas, enriqueciendo á sus adláteres, esos míseros acólitos, vampiros del Tesoro Público.

El *Sunlun* y los más altos funcionarios públicos, malversaban los caudales del pueblo y prevaricaban á *tutti plé*.

Sin embargo, el pueblo como humilde perro, lamía la mano que cruelmente lo fustigaba.

Aquel gobierno despótico, á cada paso conculcaba cínicamente las más sacratísimas disposiciones de la carta fundamental, rodeándose de los individuos ménos honorables y más ineptos, que eran considerados los más aptos para desempeñar las funciones públicas.

La ordenanza militar entre los Selenitas era severísima, pero brutal y arbitraria; por la menor infracción á sus disposiciones, se le aplicaba al delincuente la pena salvaje de ser empalado ó la del cifonismo.

El Areópago de Selene se hallaba constituido por siete magistrados ancianos y á cual más ignorante, individuos de conciencia ancha como la manga de un capuchino, cuya idiosincracia consistía en cometer frecuentemente en sus peroraciones, *lapsus lingue* estupendos, y cuyo buen criterio y rectitud consistía en desechar calurosamente los proyectos ajustados á la moral y á la equidad, sancionando unánimemente los proyectos liberticidas.

En una palabra, eran hechura del abominable *Sunlun* y por consiguiente ciegos instrumentos de sus crímenes y atentados contra la moral y el orden público.

El *Sunlun*, cual un Guzman Blanco, se habia hecho erigir estátuas ecuestres y pedestres en todas las plazas públicas y caminos reales, con el objeto de adquirir popularidad é inmortalizar su nombre; y además hizo levantar un monumento de plata de proporciones colosales y de forma piramidal, en cuyas caras se hallaban grabadas las hazañas más memorables de su espada, que se habia manchado con la sangre de mil crímenes y nunca con la sangre derramada gloriosamente en las batallas.

Este monumento queria legarlo á las ge-

neraciones posteriores, como el eterno padron de sus ficticias glorias.

Mi espíritu se sintió exacerbado ante tanta degradación y escándalo, que nunca palpó en la Tierra, y llegó al paroxismo de su indignación, al pensar en el vil servilismo de aquel pueblo, en la perversion de sus costumbres y en el ominoso despotismo del *Sunlun*.

Un día que éste, en una fiesta pública se hacia aplaudir por el pueblo, declamando como el artista Neron, sus producciones poéticas, huecas de sentido comun y plagadas de dislates, me sentí subyugado por la más grande indignación y tomé la palabra, pronunciando con entonación viril una proclama incendiaria contra el execrable *Sunlun*, é increpando duramente á aquel pueblo servil, que vegetaba en la más odiosa esclavitud, sin dar el primer grito de emancipación, sin enarbolar valeroso, el pabellon redentor de la libertad.

Comencé, repitiendo el valiente pensamiento del gran Mirabeau, el leon de la tribuna, „no se que admirar más, si la audacia del tirano que se impone, ó el servilismo del pueblo que lo soporta“, y continué diciendo—Pueblo soberano, no puedo comprender como podeis humillaros tan afrentosamente ante el yugo ignominioso de un déspota sanguinario como el que rige vuestros destinos, de un déspota que os oprime cruelmente, de un déspota maldito, que ha regado con la sangre de inocentes víctimas las gradas del trono.

Decid, ¿no sentís bullir en vuestras entrañas el fuego del amor á vuestra patria? ¿No os sentís asfixiados al respirar las auras enervantes del despotismo?

¿No sentís necesidad de respirar las auras regeneradoras de la libertad?

¿No sentís necesidad de romper en mil pedazos las viles cadenas con que se os oprime?

Si todo ésto sentís, empuñad con brazo firme las armas vengadoras, derribad al César y sereis hombres y sereis libres.

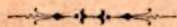
No bien habia terminado mi proclama, que aquella gente sin dignidad consideró subversiva y disparatada, cuando el *Sunlun* y todos sus prosélitos tan infames como él, se arrojaron enfurecidos sobre mí, descargándome tremendos golpes á cuyo peso caí desfallecido.

Cuando volví á recobrar el sentido, me

encontré en mi patria, debido sin duda á un rasgo de compasion de mi maga celeste. —Entónces me sentí rebosante de júbilo, porque habia salido del Infierno para volver al Paraiso, guardando un ódio implacable á Selene, esa alborotadora de los mares y de los espíritus enardecidos por el estro poético; ese foco de la más vergonzosa degradacion.

Esto es todo lo que puedo contar al mundo de mi tan inolvidable como penosísimo viaje á Selene, — pronto siempre á testificar con documentos la verdad de mis asertos.

Epaminondas.



Á C. . . .

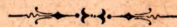
(ENVIÁNDOLE UN ESPEJO)

En la aurora venturosa
En que un año nuevo empieza
Por admirar tu belleza
Hasta á tí llega un cristal,
Y con él te envia ansiosa
Un éco de amor mi lira,
Que en tí mi númen se inspira,
Virgen del suelo Oriental.

Cual diadema esplendorosa
En tu juvenil cabeza
Brille eterna tu pureza
De la vida en el erial,
Que la virtud es, hermosa,
Perfume que al cielo sube,
¡Bella imágen de un querube
Retratada en su cristal!

Adriano M. Aguiar.

Montevideo, Enero 1.º de 1885.



El jorobado

(CONCLUSION)

Las almas se atraen como los astros por fuerza desconocida é irresistible. Formóse, pues, entre nosotros, estrecha amistad cimentada en sentimiento verdadero nacido del corazon, como brota del seno de la roca la pura linja de escondida fuente.

Un dia, el sol caldeaba la angosta callejuela, reverberando sobre las blancas paredes de las casas. En la campiña levantábase leve vapor producido por la evapora-

cion de los pantanos y la naturaleza bajo aquella temperatura agobiadora, parecia sumergida en vaga atonia sin una palpacion en que se descubriera la vida.

Influenciados por ella nos encontrábamnos silenciosos en la puerta de la tienda. Jacobo tendia por el espacio su mirada errabunda, dejando, en alas de la imaginacion, vagar su pensamiento por las regiones del deseo. Su fisonomia, un momento animada por el resplandor íntimo de la satisfaccion, recobrada el sello melancólico que la caracterizaba. Era que al dejar el recinto dorado de los sueños, sentia la caricia brutal de la realidad, amarga como el desencanto.

Mañana me voy á Venecia, dije á Jacobo.

¡Y volveréis!

¡Quién sabe! Hace tanto tiempo que estoy alejado de la pátria que ya se apodera de mí la nostalgia, ese mal incurable del viajero. Pienso tomar el ferro carril y dirigirme á Génova donde me embarcaré en el vapor que parte para América. . . . mi América! . . . lugar incomparable cuyo recuerdo no es bastante á borrar la vieja Europa tan ansiada en las insomnes noches de mi adolescencia.

Talvez nos volveremos á ver allí.

A tí, Jacobo! ¿Cómo es eso? ¿No me has dicho que pensabas morir en esta aldea? ¿A qué viene tan repentina resolucion?

Señor, contestó el jorobado sonriendo, no he afirmado que esté dispuesto á hacer ese viaje. Talvez, he dicho, porque puede que haya causas poderosas que me obliguen á emprenderlo.

¿Qué razones tienes para abandonar el pueblo? ¿Acaso no te produce tu oficio lo bastante para vivir?

Quedó confuso el pobre barbero, cubierta la cara de rubor, sin atinar á dar una respuesta.

Perdona, le dije, que haya sido algo indiscreto. Me intereso por tí y por eso lo he hecho. Si te decides á ir á América busca en la ciudad de mi nacimiento el hogar del amigo que habrá allí siempre un lugar á mi lado que te espere.

Jacobó enternecido tomó la mano que le tendia y estrechándola con efusion me dijo con voz trémula.

Sabeis, señor, los motivos que pueda tener para abandonar la casa de mis padres

que descansan en el cercano cementerio. Aislado, solo con mi dolor y con mis penas muchas veces la ola de la amargura ha invadido mi espíritu sin poder refugiarme en busca de consuelo en un pecho amigo. Vos sois el único que condoliéndose de mí ha tratado de penetrar mi pensamiento para infundir en él la idea de la resignación.

Entramos. Sentéme en el desocupado sillón y Jacobo recostado contra la pared, la cabeza sobre el pecho, empezó así la relación de sus desgracias.

No siempre he sido jorobado. Todavía niño el desplome de un andamio deformó mi cuerpo para toda la vida, cruel mi destino en eso que hubiese sido preferible la muerte.

Nací en esta casa, mis padres honrados, labriegos, vivían con el improbo fruto de su trabajo y estaba yo destinado á recorrer el camino regado por el sudor de diez generaciones sucesivas. El accidente de que hice mención me imposibilitó para la ruda tarea del labrador y tuve que aprender un oficio que se aviniera con mi situación. Me hice, pues, barbero.

Cuando pequeño tuve que sufrir las burlas de los demás muchachos, hoy soy objeto de las risas de los desalmados sin corazón y debo acabar mi existencia cubierto por la irrisión y el escarnio de una sociedad cruel. Por esto cobréme cariño el párroco de la aldea, buen viejo que me protegió contra las burlas con el escudo de su cariño paternal. Él me enseñó á leer y escribir, gracias á sus esfuerzos pude familiarizarme con los autores, italianos y algunos extranjeros y, por fin, fué tal su bondad que siempre encontré en él una palabra cariñosa que mitigara mi infortunio como bálsamo reparador de las heridas del alma. Ha muerto!

Vivia vecino á nuestra casa. Don Justo el alcalde cuya única hija es la muchacha más hermosa del lugar. Compadecido de mis desgracias me atraía á su casa para compartir el solaz de la infantil alegría de Isabel, cuya risa resonaba en sus oídos como música de los cielos. Deciros que de esta intimidad nació un amor desesperado por lo mismo que era imposible, es casi inútil. Yo, impregnado del misticismo de lo ideal, con la conciencia de la belleza y ella, con inocente gracia pródiga en sus

caricias, rodeándome con la aureola de su ternura, no podía ménos de producir en mí pasión arrolladora, que me agobiaba con la fuerza violenta del contraste.

Comprendí que nunca sería correspondido. Quería ahogar en el fondo de mi pecho ese sentimiento tenaz que pugnaba por subir á la superficie como la espuma de las aguas.

¡Oh cuánto he sufrido! Siempre juntos, la acompañaba á la plaza sin que pudiese estrechar su esbelto talle en los giros de la danza so pena de esponerme á levantar una tempestad de silbidos. La veía seguir con su mirada á los mozos del lugar cuando jugaban á la pelota y adivinaba la admiración de la mujer por la destreza en los ejercicios varoniles.

Por aquel entonces, en el corto espacio de un año, perdí mis padres. Mi hogar solitario solo abrigaba al perro de la casa que lanzaba lastimeros ahullidos. La tristeza innata en mí se acrecentó y mi amor, agigantado con la lucha, amenazaba desbordarse como las aguas del río alimentado por los torrentes de la montaña.

Una noche en que en mi desesperación tenía apenas conciencia de mis actos, osé decir á Isabel el estado de mi espíritu y aún, sobre el estertor de la agonía de mi madre moribunda, vibra en mis oídos la carcajada que me sirvió de respuesta.

No sé como no me volví loco. Isabel compadecida me dijo poniendo una de sus hermosas manos sobre mi cuerpo deformado.

No puedes ser mi novio pero serás mi amigo, más mi hermano.

¡Amigo! ¡Hermano! Palabras huecas, écos inútiles. Cuando el corazón ansia una palpación que responda acorde á la suya, no bastais, no, para llenar el caudal insaciable del deseo.

Guardamos por largo rato penoso silencio.

Isabel, concluyó Jacobo, se casa dentro de quince días.

Comprendí y tendiéndole mi tarjeta me despedí del barbero jorobado prometiéndole volver.

Cuando al mes regresé á la aldea encontré cerrada la puerta de la barbería. Jacobo había partido.

.....

Contóme esta historia un grande amigo mio, viajero infatigable que nunca ha salido de los alrededores de su casa.

Emilio Goldaracena.

Economía política

(DEL CAPITAL)

Elemento indispensable de la producción es el capital.—Este no significa en sí un objeto concreto y determinado sino todo producto ahorrado que tiene por fin producir mas riqueza.

La palabra capital, viene de la palabra latina *caput* (cabeza) y empleóse en cierto tiempo para distinguir la suma de los valores prestados, de los intereses considerados como frutos civiles. Varias definiciones se han dado del capital, y segun la que se adopte así serán las consecuencias á que se arribe inevitablemente pues entre los tratadistas militan dos campeones: J. B. Say y Smith, cuyas ideas acerca del capital, divergen bajo notables conceptos. Hace consistir Say el capital, en la *acumulacion de valores sustraídos al consumo improductivo*.

Esta teoria de la acumulacion es á todas luces errónea, pues partiendo de ella vendremos á establecer que toda riqueza, que toda la utilidad susceptible de acumularse es un capital y consignado esto, nos seria imposible distinguir entre la parte de la riqueza que se destina á la reproducción y aquella que se emplea en otros fines: así una cantidad de dinero encerrada en la caja de hierro, por el simple hecho de hallarse allí acumulada seria un capital como lo seria segun observa Rossi el conjunto de materiales que acumula la hormiga; hecho este que responde á un acto puramente fisiológico, distinto en su fin y consecuencias de la idea de capitalización.

Un conjunto de máquinas, de valores en dinero y de otra especie cualesquier, paralizados, estacionarios, serian capitales, puesto que están sustraídos al consumo improductivo y dicha idea está completamente reñida con la idea de productividad que encierran las máquinas y los valores que tienen la tendencia á aumentar reproduciéndose como los gases á ocupar mayor espacio en virtud de la expansibilidad.

Desde abinicio la palabra capital ha sig-

nificado la idea de reproducción y parece querer indicar, refiriéndonos á su sentido científico, una cantidad de productos, de materias, de valores destinados á producir otros accesorios; es precisamente refiriéndose á esta nocion, que Proudhon llamaba al capital: *principal*, locucion que fué rechazada por todos los demás economistas.

En contraposicion á Say-Smith lo definió diciendo que: *es todo producto ahorrado destinado á la producción*, y tanto Malthus como Rossi y la mayoría de los economistas modernos están de acuerdo en cuanto á esta definicion; con ella distinguimos perfectamente las ideas de riqueza improductiva y productiva haciendo consistir precisamente en esta última la nocion de capital, ya consista en máquinas, fuerzas, productos ó dinero y obren estos en conjunto ó separados.—Con esta definicion se nota además la diferencia de esa otra parte de la riqueza que se destina al consumo y que algunos economistas llaman fondo de consumo. — El carácter de esta riqueza es el de no ser directa y especialmente aplicada á la producción, sino á la satisfaccion de las necesidades humanas ni ofrecer tampoco la nocion del ahorro que distingue al capital.

La nocion de la riqueza es tambien distinta de la del capital. Entiéndese por riqueza: *todo lo que es útil á la satisfaccion de las necesidades humanas*; así los vestidos, alimentos, habitaciones, objetos de lujo, minas, etc, en tanto que solo se destinan á la satisfaccion de necesidades, por más que lleguen dichos objetos á acumularse, ó permanezcan estancados sin que con ellos se emprenda tarea alguna de explotación constituyen una riqueza pero jamás un capital; así tambien una nacion que posea innumerable cantidad de minas no explotadas, de bosques y campos no beneficiados será una nacion rica naturalmente considerada; es decir teniéndose en cuenta la cantidad de materiales que posee para satisfacer las necesidades del hombre; pero no será rica económicamente hablando, pues para que en tal concepto merezca el calificativo indicado es necesario que estas riquezas sean beneficiadas, trabajadas destinadas á la reproducción por la mano del hombre ó por su inteligencia combinada con los múltiples medios de progreso que ha alcanzado á través del tiempo y del espacio; es en

este sentido que se ha dicho que la verdadera riqueza, adelanto y progreso de un país no consiste en la cantidad de bienes materiales de consumo estacionarios que posea, sino en la cantidad de capitales; y en efecto son estos el resultado del trabajo incesante, del ahorro consecutivo, de la capacidad, de la dedicación y moralidad, del buen régimen y sabia emulación, causas éstas que concurren de una manera eficaz al progreso en todas las manifestaciones de la vida y á la estabilidad de la paz en los pueblos; por eso han pecado de injusticia é injusticia temeraria los que han tachado al capital de fomentador de la holganza y la inmoralidad sin acordarse de que sin él es imposible é infructuoso el más proficuo de los trabajos, el más benéfico de los progresos, el adelanto moral de la Humanidad, porque solo puede dedicarse el hombre á su adelanto moral é intelectual con provecho, cuando garantida su subsistencia por un capital que reproduzca más riqueza destina mayor espacio de tiempo al alimento del alma: la instrucción y educación.

Distínguese también el capital, de la moneda en que aquel es el género y la moneda la especie—el capital abarca valores de distintas clases y formas, la moneda solo comprende el numerario ó signos que lo representan; podría decir á este respecto y refiriéndose á la noción de riqueza, que no solo no sería rico un país que abundase en múltiple cantidad de moneda careciendo de otra clase de capitales, si no que sería en realidad pobre; puesto que las necesidades no se satisfacen con el placer de poseer grandes cantidades de numerario ni se verifica el comercio, ni realiza el progreso con solo el cambio de la moneda, si no con el variado é indefinido cambio de los capitales de todo género y sus productos; cambio éste que no solo es un fin útil si no una necesidad real.

En cuanto á su naturaleza divídense los capitales en *materiales* é *inmateriales* y hé aquí como se expresa un economista refiriéndose á estos últimos. «No se crea tampoco que la naturaleza del capital se circunscribe á las riquezas materiales, puesto que los productos de la actividad humana no son siempre tangibles, ni sus acumulaciones sobrepuestas, así algunos capitales participan de la naturaleza propia de la

inteligencia y de la moralidad. En efecto los conocimientos adquiridos un día y otro; los procedimientos cada vez mas perfeccionados y la habilidad lograda con los tropiezos y la perseverancia son otros tantos *capitales intelectuales*, como se llamarán *capitales morales* al conjunto de los hábitos de orden y economía, á los sacrificios que se impone el hombre con su recto proceder para merecer la dignidad y confianza que acrece las relaciones personales, el crédito, la clientela y sus consiguientes beneficios. Importa mucho no olvidar que bajo la palabra abstracta *capital* no se comprenden solo bienes materiales sino que forman parte del mismo las cualidades morales, la suficiencia en el saber y la destreza en el ejecutar, á fin de que en esa lucha absurda encubierta bajo la apariencia de un antagonismo que realmente no existe entre el capital y el trabajo, se sepa de antemano que en circunstancias dadas el trabajo brutal en su mas abyecta forma podría encontrarse frente á frente con el trabajo inteligente de los diestros obreros, lo mismo que el vicio y la inmoralidad mas repugnante pudieran hallarse en oposición legalizada con todas las virtudes morales.»

Tienen tanta más importancia estas consideraciones cuanto que á ellas se auna el hecho de la indestructibilidad de los capitales inmateriales; en efecto, éstos, por medio de la instrucción y emulación son del dominio de la humanidad, constituyen una herencia que vienen trasmitiéndose sucesivamente la generaciones; mientras que el capital material por el uso y consumo se destruye incesantemente debiéndose reparar por medio del trabajo á fin de llenar las variadas necesidades, y placeres de la vida; digámoslo en dos palabras: el capital inmaterial tiende incesantemente á aumentarse y perfeccionarse, el capital material aún cuando se perfeccione á disminuir, de ahí la necesidad de repararlo por el trabajo, puesto que la necesidad siempre subsiste.

Una de las formas que con más frecuencia adoptan los capitales fijos es la forma de máquinas, siendo este un nombre genérico que comprende los edificios y emplazamientos en que están enclavadas así como también los instrumentos ó útiles por más sencilla que sea su naturaleza.

(Continuará.)

Tu recuerdo

Cuando una duda me destroza el pecho,
Cuando pierdo en la vida una esperanza
Y siento que se inclina mi cabeza

Al peso del dolor que la anonada,
Es solo tu recuerdo
Quien me alienta otra vez en la batalla.

Cuando sigo en el mundo, tembloroso,
Sufriendo desencantos en mi marcha;
Sin que encuentre los oasis de la vida
Las horas de descanso de mi planta,

Es solo tu recuerdo
Quien me alienta otra vez en la jornada.

Cuando clavo mis ojos en el mundo
Y encuentro solamente la desgracia,
Cuando siento en mis horas de tristeza
El grito de la tumba que me llama,

Es solo tu recuerdo
Quien me alienta otra vez y me levanta.

Hoy que como el gigante de la historia
Camino con un mundo en las espaldas:
El mundo de miserias y dolores
Que me envuelve, me oprime y me maltrata,
Es solo tu recuerdo

Quien me alienta y me anima en la desgracia.

Miguel F. Rodriguez.

Cosas que fueron

Corría el año 184. . .

Don Manuel Figueroa, hermano del conocido poeta, acababa de ser nombrado Consejero de Estado. Como era y es de uso, los empleados de los diversos ministerios quisieron felicitarlo en el día de su nombramiento, y para este fin se nombró una comisión compuesta de los jóvenes que se tuvieron como más á propósito para el caso.

Los elegidos eran todos muchachos de buen humor: es decir, gente capaz de contar los pelos al diablo y enloquecer al más cuerdo.

Reunidos en comisión, se trasladaron á la Contaduría Nacional del Fuerte Viejo, donde fueron recibidos por el recién-nombrado de la manera como se estilaba en aquellos felices y bendito: tiempos.

Expuesto el motivo de la visita, don Manuel Figueroa agradeció, en los términos más adecuados, la distinción que se le hacía, y concluyó prometiéndoles *un mate*, que les dijo no se haría demorar.

Regresaron los enviados al punto de partida, y después de dar cuenta de su cometido, instituyentes é instituidos esperaron con ansiedad (natural en aquella época de proverbial *aguilismo*), el resultado de la promesa que les acabára de hacer el nuevo Consejero.

No tuvieron mucho que esperar, porque á los pocos instantes se presentó el portero de la Contaduría, con un oficio más grande que las Tablas de la Ley, cuyo sobre fué rasgado, ántes que el portador hubiera tenido tiempo de entregarlo.

El sobre contenía un paquete bastante abultado, (lo que ocuparían veinte patacones), y además un pliego, que se pusieron á leer dos ó tres, mientras los restantes, que eran los más, se encargaban de averiguar el contenido del paquete, que revestía todos los caracteres de un verdadero misterio.

En el pliego estaba escrito con buena letra española, lo que sigue:

Con reflexion he pensado,
que, como hombre consejero,
debo de ser, lo primero,
en mis gastos mesurado.

Mate os habia ofertado,
como bien recordaréis,
y por que no me tachéis
de pordiosero, ó tacaño,
para el *mate* de este año,
os envío, cinco reis.

Excuso decir que lo que hallaron bajo cuarenta cubiertas, los que con tanta alegría se apoderaron del paquete, fué el valor de la última mitad del verso final, representado por un *cinquiño* cubierto de cardenillo.

El descontento se produjo, como era natural; pero como la asamblea no era compuesta de gente que se dejase *fumar* á dos tirones, se resolvió buscar algo que surtiera los efectos del Agua Maravillosa, para hacer sudar al bolsillo del *generoso* Consejero; cuya *generosidad*, al decir de uno de los comisionados, solo estaba buena. . . . como consejo.

Fué opinion admitida, que se debian devolver los cinco reis, y así se hizo, devolviéndole al Consejero, no solo su misma oxidada moneda, sino tambien los mismos consonantes, que se colocaron como puntas de estos versos:

Nosotros hemos *pensado*,
que á un avaro *consejero*
debe llamarse, *primero*
mezquino, que *mesurado*.
Para llenar lo *ofertado*,
que es *mate*, *recordaréis*.
cinco dais! no nos *tachéis*
de pordioseros, *tacaño*,
pues tendremos, este *año*,
buen mate, sin *cinco reis*.

El sello que llevaba este escrito representaba el conocido símbolo del tacaño, (un brazo en contraccion, con el puño cerrado), en cuyo codo, varios empleados, golpeaban con un marron, mientras otros tiraban, con alma y vida, de unos hilos atados á los dedos de la mano que trataban de hacer abrir.

Pero como alguno manifestára, que el arrepentimiento del consejero, estaba muy en lo posible, se agregó una nota, en la que se decía: que si en lugar de los *cinco reis*, enviaba algo de *más precio*, se cambiaria el sello y la redaccion de la décima.

Terminada así la nota de contestacion, fué enviada al Contador-Consejero, quien la devolvió con tres reales, contantes y sonantes.

Con ellos se compró lo necesario para el *mate* de ese dia, y el sobrante se invirtió en cigarros. Mientras se saboreaban ambas cosas, se confeccionó, con los mismos consonantes de las dos primeras décimas, la que sigue á continuacion, y fué escrita en pliego, cuyo sello, símbolo de la prodigalidad, era una mano que se abria, dejando caer una cantidad de monedas:

Nosotros hemos *pensado*,
magnánimo *consejero*,
que elevar, es lo *primero*,
en cántico *mesurado*
de gratitud *ofertado*
el voto, *recordaréis*
bien cual es: no nos *tachéis*,
fué broma lo de *tacaño*,
pues habéis hecho este *año*,
tres reales los *cinco reis*!

Ya iban á cerrar el sobre cuando uno de los presentes, que ni tomaba mate, ni fumaba, solicitó, y le fué concedido, poner como fin de fiestas, esta *inocente* y sencilla improvisacion:

Yo no fumo, don Manuel,
ni tomo mate, tampoco.
Me gusta el dulce de coco
y no rechazo el pastel. . . .

(Indirecta del Padre Cobos.)

Sin duda don Manuel no tenia ni harina ni cocoteros en la Contaduría, ó era hombre que no entendia de indirectas, cuando el autor de la redondilla se ha quedado esperando hasta la fecha, los pasteles ó el dulce, que casi está por creer, no se le han de indigestar jamás.

P. Ximenez Pozzolo.

¿Me has olvidado?

.....

Antes, la brisa murmuraba suave,
Trémula, dulce, delicada y pura,
Pareciendo suspiros exhalados
Por los rayos plateados de la Luna.

Todo á mi vista, alegre sonreía:
La luz, la vida, la ilusion, las flores,
Y yo sentia con tu amor inmenso,
Las mas dulces y gratas emociones.

El canto de las aves de mi patria,
La luz rosada del naciente sol,
Hablaban, vida mía, de tu alma,
Hablaban, vida mía, de tu amor.

Ahora, no sé porqué, todo está triste,
La brisa, fria, me conmueve el alma,
Y me dice en su idioma sin palabras:
El ángel de tu amor, ya no te ama.

La luz, la vida, la ilusion, las flores;
Ya no alegran sonriendo mi camino,
Camino que en el mundo voy cruzando,
«¡Ay! con mi pobre corazon herido.»

El canto de las aves de mi patria,
La luz rosada del naciente sol,
Quieren con su dulzura consolarme
Y callan la inconstancia de tu amor!

.....